



Electra en la niebla.
Guion de cortometraje de ficción
Electra in the Mist. Short Film script

David Vera-Meiggs

ESCENA NÚM. 01 – EXT. DÍA – ENTRADA DEL PARQUE FRAY JORGE

Un paisaje desértico y erosionado, tierra partida, soledad. En medio del paisaje desértico, un sendero señalizado como los de los sitios turísticos, que conduce a una entrada más bien modesta. Nada hay que llame mucho la atención en el lugar. Por el sendero se acerca una pareja de jóvenes, él y ella, cargados con mochilas y mirando hacia un lado y otro. La llegada de un auto les llama la atención y se apresuran a pagar sus entradas en una caseta que anuncia el ingreso al Parque Natural Fray Jorge, un bosque en medio del desierto.

El auto, más bien lujoso, se estaciona y un chofer militar se apresura en abrirle la puerta a una señora de unos cincuenta años, que se baja con ademán altivo. Es elegante, quizás demasiado para el lugar. Viste con tonos burdeos, usa anteojos oscuros, cartera, *foulard*. Se acerca con aire distante. Se detiene para mirar el paisaje y luego avanza con paso lento en el mismo sentido en que pasaron los demás. Compra su entrada y avanza por el sendero, pero se da vuelta a observar un grupo familiar que se acerca: el padre conversa con el hijo y la hija, ya adolescentes, que sacan fotos para un lado y otro. Más atrás, la madre acompaña a la hija menor, una niña que parece temerosa con el entorno. Como no avanza, el padre se da vuelta para llamarla y la niña se une a sus hermanos. La madre, una hermosa mujer que parece consciente de ello, acelera el paso para unirse al grupo que avanza hacia el bosque. La mujer elegante disimula su interés y camina decidida, adelantándose.

La pareja de jóvenes mochileros que va más adelante camina deportivamente y se adentra en el bosque. Uno de ellos se da vuelta para mirar a la mujer de anteojos oscuros.

ESCENA NÚM. 02 – EXT. DÍA – EL BOSQUE

Es un bosque de olivillos, litres, quillayes y arbustos bajos. Todas las ramas parecen contraídas, y algunas hojas puntudas sobresalen del conjunto sombrío. El paisaje es exuberante y salvaje. Se escucha un sonido ambiente de difícil definición, ya que podría tratarse igualmente del sonido lejano del mar o del suave viento. La mujer de anteojos oscuros camina distraída por el bosque siguiendo un sendero con indicaciones. Se da cuenta de que está sola, se saca los anteojos, se aparta del sendero y se ubica en un lugar que le parece cómodo. Tratando de no ser vista, enciende un cigarrillo. Fuma relajada y, sin darse cuenta, una capa de niebla la rodea. Se escuchan sonidos naturales: el mar a lo lejos, pájaros, un zumbido de insectos, después un silencio.

La niebla se vuelve más espesa. La mujer se da cuenta de que está en medio de una nada silenciosa y quiere retomar el sendero, pero no lo encuentra. Tira el cigarrillo. Está perdida e indecisa sobre qué hacer. El bosque pareciera silbar, un pájaro se escucha en alguna parte y después, de nuevo, el silencio. La mujer se inquieta y siente frío, mira a su alrededor prestando atención a lo que escucha, porque es poco lo que logra ver. Camina y retrocede, ha perdido las coordenadas del recorrido.

El silencio es roto por el sonido del mar. La mujer se lo queda escuchando y se inquieta por la aparente cercanía del sonido. No se mueve, como si fuera un pájaro alerta. Desde alguna parte cercana, se siente una voz femenina que está recitando como en un susurro.

VOZ FEMENINA (EN OFF)

En la niebla marina voy perdida,
yo, Electra, tanteando mis vestidos
y el rostro que en horas fue mudado.
Será tal vez a causa de la niebla
que así me nombro por reconocirme.

La mujer se queda escuchando y trata de descubrir el origen de la voz. Incluso pasa de largo un cartel con una flecha que le indicaba el camino, pero el origen de la voz se oculta en la niebla espesa, aunque parece cada vez más cercano.

VOZ FEMENINA (EN OFF)

Quise ver muerto al que mató y lo he visto
y no fue él lo que vi, que fue la Muerte.
Ya no me importa lo que me importaba.
Ya ella no respira el mar Egeo.
Ya está más muda que piedra rodada.
Ya no hace ni bien ni el mal. Está sin obras.
Ni me nombra ni me ama ni me odia.
Era mi madre, y yo era su leche,
nada más que su leche vuelta sangre,
sólo su leche y su perfil, marchando o dormida.

La mujer está escuchando con atención, pero se siente perturbada al oír: "Era mi madre". Se cruza de brazos un poco tensa y busca con la mirada el origen de la voz, que parece venir de sus espaldas. La voz continúa sin énfasis, como si leyera el texto.

VOZ FEMENINA (EN OFF)

Camino libre sin oír su grito
que me devuelve y sin oír sus voces,
pero ella no camina, está tendida.
Y la vuelan en vano sus palabras,
sus ademanes, su nombre y su risa,
mientras que yo y Orestes caminamos
tierra de Hélade Ática, suya y de nosotros.
Y cuando Orestes sestee a mi costado,

Al escuchar por segunda vez el nombre de Orestes, la mujer se tensa y da unos pasos en dirección a la voz, pero la niebla hace inútil cualquier intento, ya que el espacio que la rodea se ha vuelto indefinido. Se gira de espaldas y continúa escuchando casi inmóvil.

VOZ FEMENINA (EN OFF)

la mejilla sumida, el ojo oscuro,
veré que, como en mí, corren su cuerpo
las manos de ella que lo enmallotaron
y que la nombre con sus cuatro sílabas
que no se rompen y no se deshacen.

Porque se lo dijimos en el alba
y en el anochecer y el duro nombre
vive sin ella por más que está muerta.
Y cada vez que los dos nos miremos
caerá su nombre como cae el fruto
resbalando en guiones de silencio.

Es evidente que la voz causa un efecto en la mujer, pero ahora parece ser más por el misterio de su origen que por otra cosa. Introduciéndose entre matorrales y ramas, busca a la dueña de la voz, que es la de una recitadora experta, serena y segura. Mira hacia un lado y otro, y se produce un nuevo silencio. Se queda inmóvil, repitiendo un gesto como de pájaro alerta. En la nada del paisaje neblinoso, surge alguna rama suspendida de un árbol invisible, algún tronco cortado.

ESCENA NÚM. 03 – EXT. DÍA – UN CLARO DEL BOSQUE

A lo lejos, por otro sendero, se divisa a la familia, que pasea sacando fotografías. La neblina no los ha alcanzado. De pronto, la madre, siempre preocupada de sí, se da vuelta y llama: “¡Eugenia!”. Aparece la hija menor, con una corona de hojas de enredadera. La madre la abraza y, en forma juguetona, le quita la improvisada corona y se la pone ella. Se alejan.

ESCENA NÚM. 04 – EXT. DÍA – EN LA NIEBLA

La mujer ha visto la escena anterior desde el lugar en que se encuentra. Con gesto un poco afectado, se ajusta el *foulard* al cuello, se revisa el peinado y, cruzada de brazos, mira a su alrededor en busca del sendero perdido. Da unos pasos seguros, determinada a salir de ahí, aunque todavía no está clara cuál es la dirección que debe seguir.

Sin que ella la vea, a sus espaldas, se divisa una silueta que pareciera seguirle los pasos. Es una mujer más joven, que camina con un libro en la mano. La mujer mayor, al sentirla cerca, intenta no ser descubierta y se esconde, para luego alejarse con un gesto que indica el fastidio que le ha significado para su paseo. Pero la voz continúa a sus espaldas.

VOZ FEMENINA (EN OFF)

Sólo a Ifigenia y al amante amaba
por angostura de su pecho frío.
A mí y a Orestes nos dejó sin besos,
sin tejer nuestros dedos con los suyos.
Orestes, no te se rumbo y camino.
Si esta noche estuvieras a mi lado
oiría yo tu alma, tú la mía.

La voz se ha ido alejando paulatinamente, pero la mujer, sintiéndose perseguida, se detiene. Decidida, toma una rama que encuentra en el suelo y se gira hacia atrás, molesta y dispuesta a enfrentar a quien sea. Comienza a golpear los arbustos que la rodean. Primero son unos golpes cortos, luego se vuelven amplios y furiosos. Nada se escucha excepto los golpes. La mujer, agitada, se detiene al darse cuenta de que ya no se escucha la voz. Respira nerviosa, mira hacia un lado y otro. Está molesta por haberse dejado llevar, pero igualmente mira con atención a su alrededor para asegurarse de que no hay nadie. No suelta la rama y retoma la cartera, que había empuñado como un arma, para colocársela al brazo. Respira profundo y se recompone. Silencio.

A lo lejos se escucha de nuevo: “¡Eugenia!”. La mujer escucha tensa y se gira a mirar al lugar de donde proviene el llamado, pero la niebla la envuelve de nuevo. Tras asegurarse de estar sola, sale a buscar el sendero perdido, pero no sabe adónde ir, se gira a un lado y otro, y todo es niebla. Finalmente avanza en una dirección. Sin énfasis, con la rama aún en la mano, y en un esfuerzo de memoria, ella misma comienza a recitar, como exorcizando la niebla.

LA MUJER

Esta niebla salada borra todo
lo que habla y endulza al pasajero:
rutas, puentes, pueblos, árboles.
No hay semblante que mire y reconozca,
no más la niebla de mano insistente
que el rostro nos recorre y los costados.
A dónde vamos yendo los huidos
si el largo nombre recorre la boca
o cae y se retarda sobre el pecho
como el hálito de ella, y sus facciones
que vuelan disueltas acaso buscándome.

La mujer camina ahora insegura, se da media vuelta y vuelve por donde vino, pero sin dudar de las palabras del poema que recita. No ve a sus espaldas a la sombra gris que se acerca sigilosa.

LA MUJER

El habla niña nos vuelve y resbala
por nuestros cuerpos, Orestes, mi hermano,
y los juegos pueriles, y tu acento

La sombra gris ocupa ahora el lugar de la mujer mayor que se aleja: es una mujer de más de treinta años, morena, muy delgada, refinada en sus movimientos y de aspecto distinguido. Usa una ancha falda, oscura y pesada, una negra malla hacia arriba y el pelo tomado en un moño casual. Lleva un libro en la mano. Camina sin observar mucho lo que la rodea, como si lo conociera perfectamente. Sabe, además, lo que es estar sola. Repite en forma neutra las palabras: "Orestes, mi hermano". Luego parece seguir escuchando la recitación de la mujer mayor que va más adelante. Repite el nombre de Orestes y continúa sigilosamente el camino de la mujer mayor. Se mueve con total pericia entre el paisaje, como si fuera el jardín de su casa. En ningún momento da señales de que está siguiendo a la otra mujer, que sigue recitando como una letanía:

LA MUJER (EN OFF)

Husmea mi camino y ven Orestes.
Está la noche acribillada de ella,
abierta de ella, y viviente de ella.
Parece que no tiene otra palabra
ni otro viajero, ni otro santo y seña.
Pero en llegando el día ha de dejarnos.
¿Por qué no duerme al lado del Egisto?
¿Será que pende siempre de su seno
la leche que nos dio, será eso eterno
y será que esta sal que trae el viento
no es del aire marino, es de su leche?

La joven está memorizando el texto y lo repite en voz baja, pero se siente afectada por el último verso, primero con dolor, pero después se distrae buscando escapar de la emoción. Luego, con una determinación que aleja el sigilo anterior, se apresura mirando a un lado y otro, como si buscara a alguien más. Se escucha la voz de la otra mujer, recitando desde muy cerca y en tono de susurro. La joven hace suyos los siguientes versos, modulándolos, pero en voz muy baja.

LA JOVEN RECITANTE

Apresúrate, Orestes, ya que seremos
dos siempre, dos, como manos cogidas
o los pies corredores de la tórtola huida.
No dejes que yo marche en esta noche
rumbo al desierto y tanteando en la niebla.

La niebla borra a la mujer joven. La rama que sostiene la mujer mayor intenta alejar inútilmente la densidad gris de la niebla tenebrosa. Ella ha dejado de recitar y se siente seguida y amenazada. Después de dar golpes en el aire con la rama, se detiene, asustada. Esconde su collar de perlas bajo la blusa y, como si hubiera un ladrón acechándola, acaricia nerviosa su pulsera.

Camina con rapidez algo torpe en medio de un bosque escarpado y caótico, se detiene, toma una piedra para defenderse, pero no sabe adónde apuntar. Escucha con atención el silbido del bosque, luego el silencio. Nuevamente le surge la voz, como si viniera desde el fondo de sus recuerdos.

LA MUJER

Ya no quiero saber, pero quisiera
saberlo todo de tu boca misma

Solo aparece la niebla. Ahora es la joven recitante la que pregunta hacia la nube que la rodea.

LA JOVEN RECITANTE

cómo cayó, qué dijo dando el grito
y si te dio maldición o te bendijo.
Espérame en el cruce del camino
en donde hay piedras lajas y unas matas
de menta y de romero que confortan.

Aparece de entre la niebla la silueta de un muchacho que se enfrenta a la de la joven. Se miran dolidos y hacen varios pequeños movimientos y gestos al unísono, como si los estuvieran ensayando. Ella saca el libro que leía y lo interpone entre ambos: en la cubierta se lee el nombre de Gabriela Mistral. La joven continúa recitando con una intensidad contenida, mientras él la mira en silencio. Se mueve si ella se mueve, y se detiene como si fuera una sombra de la recitante.

LA JOVEN RECITANTE

Porque ella —tú la oyes— ella llama,
y siempre va a llamar, y es preferible
morir los dos sin que nadie nos vea
de puñal, Orestes, y morir de propia muerte.
El dios que te movió nos dé esta gracia,
y las tres gracias que a mí me movieron.

La mujer mayor escucha inquieta la voz que, en medio de la niebla, parece rodearla. Se lleva una mano a la boca, nerviosa. No sabe qué pensar sobre lo que escucha, está asustada. Desea huir de ahí, pero el terreno no ayuda y las ramas parecen querer atraparla. Se le enreda el *foulard* en una rama. Intenta ser sigilosa, pero las siluetas de los jóvenes parecen su propia sombra en un lugar en el que no hay sombra. Se escucha más cercano el ruido del mar.

LA JOVEN RECITANTE (EN SEGUNDO PLANO)

Están como medidos los alientos.
Donde los dos se rompan pararemos.
La niebla tiene pliegues de sudario
dulce en el palpo, en la boca salobre
y volverás a ir al canto mío.
Siempre viviste lo que yo vivía,
por otro atajo irás y al lado mío.

La mujer mayor mira a un lado, se siente acorralada y asustada, camina veloz sin rumbo fijo. Se detiene y, tratando de no ser vista, se saca las joyas y las guarda en la cartera, y luego busca colgarla de la rama más alta que encuentra.

No insiste en el intento, en parte porque no alcanza las ramas y en parte porque se da cuenta de lo inútil de su acción. Aferra la cartera contra el pecho con gesto de profunda congoja. Tira la cartera y la rama con vergüenza, como aceptando lo inevitable. La voz de la joven continúa:

LA JOVEN RECITANTE (EN OFF)

Tal vez la niebla es tu aliento y mis pasos
los tuyos son por desnudos y heridos.

La joven mira a su acompañante, quien camina a su lado deslizándose también con destreza por las sinuosidades del camino, como si lo conociera de siempre. Ella lleva el libro a la altura de sus ojos, aunque apenas lo mira. Los pasos de ambos están perfectamente coordinados, como si fueran dos bailarines.

LA JOVEN RECITANTE

Pero por qué tan callado caminas
y vas a mi costado y sin palabras
el paso enfermo y el perfil humoso,
si por ser uno lo mismo quisimos
y cumplimos lo mismo y nos llamamos

El siguiente verso lo recitan los dos, detenidos y mirándose.

LA JOVEN RECITANTE Y EL MUCHACHO

Electra-Orestes, yo tú, Orestes-Electra.

LA JOVEN RECITANTE

O yo soy niebla que corre sin verse

EL MUCHACHO

o tú niebla que corre sin saberse.

La mujer mayor retrocede nerviosa, tropezándose, mientras siente avanzar las dos siluetas hacia ella. Intenta vagamente tocarlas con sus manos, como si fuera ciega, y se queda inmóvil. Las siluetas pasan por delante sin verla.

Sin moverse de su posición, y todavía nerviosa, se siente rodeada por algo que no puede percibir y que le trae recuerdos culpables de un pasado que ha buscado borrar. Durante un instante escucha el sonido gutural de una voz que descarga un gran esfuerzo, mezclado con un quejido, al tiempo que siente la voz de la recitante joven que se acerca nuevamente y pasa a sus espaldas.

LA JOVEN RECITANTE (EN OFF)

Pare yo porque puedas detenerte
yo me tumbe, para detener con mi cuerpo tu carrera;
tal vez todo fue sueño de nosotros
adentro de la niebla amoratada,
befa de la niebla que vuela sin sentido.
Pero marchar me rinde y necesito
romper la niebla o que me rompa ella.

La mujer mayor, escondida, siente que la voz la rodea. Se tapa los oídos y sale de su lugar para correr sin un rumbo fijo. Las siluetas se detienen un instante al lado de ella, pero luego la recitación continúa implacable, ahora a dos voces, serenas, suaves, perfectas. La mujer sigue tratando de alejarse de ahí.

LA JOVEN RECITANTE Y EL MUCHACHO

Si alma los dos tuvimos, que nuestra alma
siga marchando y que nos abandone.
Ella es quien va pasando y no la niebla.

Los dos recitantes, frente a frente, se coordinan como si estuvieran haciendo un ensayo, incluso puede que repitan alguna palabra. En un segundo plano, la silueta de la mujer corre de un lado a otro, entrando y saliendo de la niebla. A veces parece alejarse y vuelve a reaparecer en direcciones contrarias. De pronto aparece con mayor claridad, sin ser vista por los recitantes. Su rostro está descompuesto.

Se queda un momento inmóvil y, asustada por la presencia de ellos –que intuye, pero evidentemente no ve–, retrocede, tropieza y cae de espaldas, perdiéndose de vista mientras exhala un grito corto. Los recitantes se vuelven hacia el lugar de donde proviene el grito. Se levantan y, sin dejar de recitar, avanzan hacia el fondo, como presintiendo una presencia que no ven, pero que tampoco buscan.

LA JOVEN RECITANTE Y EL MUCHACHO

Era una sola en un solo palacio
y ahora es niebla-albatros, niebla-camino,
niebla-mar, niebla-aldea, niebla-barco.
Y aunque mató y fue muerta, ella camina
más ágil y ligera que en su cuerpo
y así es que nos rendimos para rendirla.

La pareja de recitantes se acerca al borde de un barranco, por el que ruedan todavía algunas piedritas y tierra. Al fondo se ven el mar y la niebla que se disipa. La joven, ya no recitando, sino expresando una remota inquietud interna, mira hacia el barranco y luego hacia su acompañante, y le dice casi en un susurro.

LA JOVEN RECITANTE

Orestes, hermano, te has dormido
caminando o de nada te acuerdas
que no respondes.

Él la mira silencioso y suspira, para dar por terminado el aparente ensayo en el que estaban. El mar, abajo, choca contra las rocas de la costa.

ESCENA NÚM. 05 – EXT. DÍA – SALIDA DEL PARQUE

La familia de turistas se aleja por el sendero del comienzo. La madre camina mientras posa su mano en la espalda de la hija menor. El padre, a su lado, se da vuelta para mirar a los dos hijos mayores, que iban un poco detrás y que corren para alcanzarlos. Pasa un tiempo mientras ellos se alejan; después, aparecen los mochileros. Los jóvenes caminan con paso deportivo y pasan delante del auto estacionado, donde el chofer militar está fumando un cigarrillo y esperando, un poco impaciente.

Nadie más sale del parque.

FIN